

## RESEÑA BIOGRÁFICA

La memoria facultativa de san Juan de Capistrano, muerto en Ilok (Villaco, junto a Sirmio, en Austria) el 23 de octubre de 1456, canonizado en 1690 e inscrito en el calendario en 1890 en una fecha arbitraria (28 de marzo), nos remite al corazón de la Iglesia y de la Europa en el siglo XV, atormentada por el gran cisma y por la amenaza de los turcos.

Nacido en Capistrano, cerca de L'Aquila (en el reino de Nápoles) en 1386, tal vez originario de familia nórdica inmigrada con Luis de Anjou, tras la muerte de su padre y los estudios jurídicos en Perugia ejerció el arte forense, convirtiéndose durante doce años en el príncipe de los jurisconsultos de la ciudad, de la que luego fue nombrado gobernador en 1412. Hecho prisionero cuando Perugia fue derrotada por los Malatesta de Rímini, por haberle traicionado mientras estaba para negociar la paz entre las ciudades, tuvo una visión de san Francisco, que lo invitaba a entrar en su orden. Abandonó a su prometida y sus bienes y, después de una prueba de vocación, fue aceptado en los observantes del Monte de Perugia. En 1416 vistió el hábito franciscano e hizo la profesión religiosa, cursando los estudios teológicos con Juan de la Marca (luego santo), y tuvo por primer maestro a san Bernardino de Siena. Ordenado sacerdote en 1418, se dedicó a la predicación, recorriendo las provincias italianas para combatir todos los errores e invitar a la conversión, convirtiéndose también en legislador de la renovación franciscana de la observancia.

Su apostolado en Italia se desarrolló en la lucha contra los «Fratricelli», para la que Martín V le dio (junto con Juan de la Marca) plenos poderes (1426). También Eugenio IV, cuya elección había predicho, le encargó (con Lorenzo Giustiniani) examinar la causa de los jesuatos, discípulos del beato Juan Colombini, atestiguando su inocencia ante el mundo católico (1437). Fue enviado a Oriente como visitador de la Orden (1439); luego, tras el concilio de Florencia, en que sus esfuerzos ecuménicos fueron coronados por el éxito, fue nombrado nuncio apostólico en Sicilia y legado en Francia ante Carlos VII. Fue misionero en Alemania, Austria (Baviera,



Sajonia, Silesia), Polonia y por fin Hungría, donde, con el favor de Nicolás V y después de Calixto III, predicó la cruzada contra los turcos, que, tras la conquista de Constantinopla (1453), asediaron la fortaleza de Belgrado en la frontera de Hungría (rodeada por las aguas del Sava y del Danubio).

A su celo se debió la victoria que el general Juan Hunyadi, secundado por la fuerza de las oraciones hechas en el nombre de Jesús (según el símbolo de san Bernardino) y de la santa cruz, obtuvo en 1456 (es la fecha de la institución de la fiesta de la transfiguración del Señor, para conmemorar el acontecimiento). Poco después de esta victoria murió Juan, a la edad de setenta años.

Su actividad de predicador fue coronada por numerosas conversiones, no sólo en el ambiente universitario (más de cien jóvenes se hicieron franciscanos después de una prédica suya) en el territorio danubiano, sino también en la religión judía: convirtió a un jefe de la sinagoga y a grupos de judíos. Tal obra era respaldada por un asiduo ministerio de la confesión y por obras de caridad (transformó la tercera Orden franciscana en una asociación caritativa), organizadas sobre todo en hospitales, y por la lucha contra la usura y los altos intereses.

Juan fue consejero de papas, que lo eligieron sobre todo como legado en misiones distintas a Nápoles, Milán, Roma, adonde acudió para defender la causa de su maestro san Bernardino (perseguido por motivo de la devoción al santísimo nombre de Jesús) ante Martín V, y a Sicilia. Fue igualmente instrumento de reunión de los armenios, a cuyos representantes logró llevar al concilio de Florencia. Por fin, dentro de la Orden franciscana, después de haberlo intentado todo para evitar la separación de la rama de los observantes de los conventuales, se vio obligado a aceptar tal situación con tal de salvar la reforma fiel al espíritu de san Francisco. En esta obra pacificadora, por la que fue denominado «apóstol de Europa» por reconstituir su unidad religiosa y política en la común tradición cristiana, adolecía del celo intransigente en la elección de los medios, tanto de conversión como de persuasión.

*(Texto de E. Lodi)*

## DE SU OBRA «ESPEJO DE LOS CLÉRIGOS»

Los que han sido llamados a ministrar en la mesa del Señor deben brillar por el ejemplo de una vida loable y recta, en la que no se halle mancha ni suciedad alguna de pecado. Viviendo honorablemente como sal de la tierra, para sí mismos y para los demás, e iluminando a todos con el resplandor de su conducta, como luz que son del mundo, deben tener presente la solemne advertencia del sublime maestro Cristo Jesús, dirigida no sólo a los apóstoles y discípulos, sino también a todos sus sucesores, presbíteros y clérigos: Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con que la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. En verdad es pisado por la gente, como barro despreciable, el clero inmundo y sucio, considerado inútil para sí y para los demás.

Vosotros sois la luz del mundo. Pues, así como la luz no se ilumina a sí misma, sino que con sus rayos llena de resplandor todo lo que está a su alrededor, así también la vida luminosa de los clérigos virtuosos y justos ilumina y serena, con el fulgor de su santidad, a todos los que la observan. Por consiguiente, el que está puesto al cuidado de los demás debe mostrar en sí mismo cómo deben conducirse los otros en la casa de Dios.